

Hombre-performance

Josué Ramírez

César Martínez es un artista a contracorriente. Cuando en 1999 no estaba de moda hablar de antiimperialismo sino de tolerancia y democracia, Martínez *photoshopeó* tres imágenes para *collage*. Al montar a un dólar dos imágenes que están más cerca de la denuncia y más allá de la afinidad ideológica, el artista de la calle Ensenada, jugó a la asociación irónica: un dólar, dos indias, un dios apuntando con el índice.

Sin exquísitez, realista y directo, todo neo y post, nuestro artista hace del concepto de la economía global, algo más que una gesticulación; su *collage*, una imagen asociativa única, no insita ni repele, sencillamente describe, presenta una articulación de realidades yuxtapuestas en el tiempo presente. En la esquina superior derecha el dedo de Dios (la escena que dedicó Miguel Ángel en la Capilla Sixtina a la Creación del hombre) y en el lado inferior derecho, la foto de un par de mujeres indígenas caminando bajo el sol; la mujer del primer plano carga a un cordero. El resultado: un *collage* narrativo de evidencias o el título de un performance intencionalmente tautológico: *La expulsión del paraíso*.

La lectura lineal de esta obra supone percibir una postura ideológica. Sólo que no es así; Martínez, en esta y otras obras (aun en las que en esta exposición se reúnen: *Corazones de acero* [y] [en] *Cuerpos de látex*), practica una crítica creadora, de nuestra cultura habla; y su descripción al presentar, no juzga.

En una de sus obras-acciones, pareciera decir el artista, quien se ha presentado en diferentes partes del mundo con sus esculturas de gelatina o chocolate: “Ésto es lo que se vive: una antropofagia travestida” “Somos testigos oculares de quienes destajan cuerpos”, “Somos los actores pasivos de una trama caníbal” en fin, “Conciencias del mundo que nos come y nos comemos” Así, Martínez va a las fuentes de las creencias que la imaginación ha mezclado con la realidad.

De tal suerte, se dirige al espectador plural, al de a pie o al motorizado, consumidor de arte contemporáneo, especialista o disipado, pero que finalmente se identifica con los valores, los símbolos y los signos de una comunidad plástica. A ese espectador se dirige, ve en él a su interlocutor. En este sentido, el arte escultórico del hombre-performance, realiza dos acciones de forma simultánea; por un lado insita a la comunión y por el otro lado a sentir en silencio la otredad como orfandad. En ello revela su pasión por los arquetipos: Cronos devorando a sus hijos, Cristo repartiendo su cuerpo entre doce comensales, los hijos que se comen al padre; pero, también, nos recuerda a un azteca comiendo a un español... o a los actuales canibalismos simbólicos y descarnadamente reales.

Sus diversas maneras de expresarse tienen, además, la característica de desarrollar su tema desde lo fáctico. Presenta sus obras de forma directa o continua, desde el punto de vista realista estático o desde el cinético dinámico. Recuérdense sus cohetes ensordecedores o su sagrada familia de cera derritiéndose en el Zócalo durante las celebraciones del fin del milenio. Y aquí debo insistir en que su postura no es ideológica sino artística: está basada en la acción transformativa, en las creencias que la imaginación produce. Ensayando una estética *kitsh* evoca el underground, su expresión es consecuente y consecuencia del pop art, y su actitud ante esa tradición en la que se inserta, desde el surrealismo hasta los happening o las manifestaciones de los grupos en los años setenta, es denotadamente crítica.

Fiel a la idea del artista como personaje rebelde, César Martínez transgrede y es provocativo. Señala el orden o el caos social, para romper con el orden de las ideas estéticamente correctas. Sin embargo, su obra no es una provocación ingenua o inocente. La forma singular que tiene de expresarse plantea una trasgresión transformativa, un perpetuo performance. César Martínez, artista-performance, explosivo, plasma su conciencia del mundo con ironía corrosiva a través de la acción. Durante la última década del siglo XX, grabó en acero las imágenes de un corazón apasionado y al terminar el siglo encendió las velas de cuerpos sin esperanza. ¿Cuál es su intención? Ser un practicante lúdico, que juega

con la elasticidad tanto del lenguaje plástico como del escrito (sinalefa y aliteración, ritmo y articulación hablada) que se modulan conforme el artista madura las ideas que impulsan su necesidad expresiva. En este sentido, Martínez no nos vende una afiliación ideológica ni hace depender del contexto político presente a su expresión creativa. Para él, ser artista significa ser independiente, intelectual, económicamente hablando. Y nos ofrece una lectura del mundo como colectividad desde una experiencia individual, independiente. A sus personajes –uno de ellos, el principal, la imagen de su propia persona–, los hace aparecer en situaciones identificables, chuscas, corrosivas. Partiendo de que es un excelente dibujante, no sólo capaz de realizar un trazo realista, propio de la academia, él, infantil, recorta y pega, arma y esculpe, dibuja y diseña “las imágenes de un destino” mezclado entre los múltiples significados de dos términos: individuo y colectividad. A través de imágenes arquetípicas, Martínez nos ofrece una visión que, como quería Jorge Luis Borges, es unitaria. Por esto, rebelde, Martínez trasciende el carácter ideológico, aun cuando varias de sus imágenes sean una articulación plástica y gramatical sobre la política económica del mundo globalizado. No nos está dando una opinión, simplemente nos presenta la expresión sensible de su conciencia plástica.

Cuando analizamos en su conjunto, la obra de César Martínez es multifacética, contrastante en sus soportes. La relación entre sus partes, etapas, temas, circunstancias, se da de forma inmediata: está fundada en la analogía: duro (un corazón explosivo) y blando (cuerpos de gelatina que se comen), se fusionan. Entre la imagen y el concepto que nos hemos hecho del tiempo, a través de un objeto concreto (a saber: el reloj que sintetiza una abstracción –el tiempo– y la imagen que congela un instante), Martínez crea los vasos comunicantes que conjugan, mediante la reflexión conceptual que anima sus formas y sus medios expresivos, la diversidad y su posibilidad múltiple. Lo que plantea, al hacer uso de diversos medios materiales, es el concepto del artista total. Ante esto no cabe la extrañeza ni la sorpresa. Más bien nos asombra su capacidad dúctil, pasa de un medio a otro sin dar saltos bruscos, sin dejar vacíos. El desconcierto o la certeza que provocan proviene de su deseo siempre lúdico de abordar temáticas actuales, difíciles, con finalidades plásticas y soluciones transformativas. Martínez, artista dueño de sus recursos y reflexivo en el sentido etimológico del término: refleja de forma directa sus inquietudes todas: lingüísticas, eróticas, intelectuales, escatológicas, etcéteras, sin necesariamente elaborar un juicio de valor sobre lo que nos presenta. Sus personajes reflejan –él mismo entre ellos– una clara carga dramática (esculturas de cera derritiéndose, esculturas de látex que se incorporan y se desinflan).

A contracorriente, César Martínez ha realizado una obra paradigmática en cuanto a riqueza de materiales e independencia artística se refiere. Y como los temas que aborda no están en boga ni sus planteamientos son convencionales (pues lo que por acá se aplaude es más bien lo políticamente correcto), se le consigna al margen. Su carácter lúdico lo hace aparecer poco serio y su sustancia “política” dependiente de afiliaciones del momento. Nada más alejado de la realidad con la que ha sido moldeada su obra. Como Martínez va contra la efectividad complaciente, el oportunismo, las posiciones sin convicción, vacuas, transitorias o, en su excepción, necias, impositivas, ha sido poco comentado por la crítica especializada. Esperemos que esta breve y sucinta muestra de su trabajo logre captar la atención de quienes saben penetrar con certeza crítica en los secretos, míticos, imaginarios, sensibles, sensitivos de las obras de arte contemporáneo. Mientras tanto, contentémonos con el contraste material que nos ofrece César Martínez con estas obras en un momento que la división de lo distinto presupone una unidad invisible.